

México quiere ser libre. Spencer Tunick en el Zócalo

Marisa Belausteguigoitia

Las cinco de la mañana y el río de gente que se forma una detrás de otra en las calles cercanas al Zócalo para participar en las fotografías al desnudo de Spencer Tunick.

Llevo las instrucciones, leo: posiciones A, B y C. De pie, acostados y hechos bolita. No es un festejo anuncian las tres hojitas, es importante estar en silencio. Llevar una bolsita para guardar la ropa. Nada de alhajas, ni aretes, ni cadenas, un desnudo total.

Me intriga tanta gente levantándose a las 3 o 4 de la mañana para llegar al Zócalo, desvestirse y posar al alba. Me intriga saber qué es lo que lleva a miles (el record anterior fue de 7 mil y al Zócalo acudieron entre 18 y 20 mil) a posar desnudos.

Miro lo interminable de la fila que espera entregar su hoja de registro e inicio conversaciones con los que esperan. Me conmueve profundamente lo que me cuentan:

Me gusta confundirme con la gente, no eres protagonista de nada, eres uno más. Un cuerpo entre otros.

Yo vengo porque estoy harta de la doble moral, de la mojigatería de este país.

Nunca he estado en una obra de arte. Quiero ser una obra de arte.

En la plancha del Zócalo no se han visto más pieles desde que los aztecas vivían. Me alentó que fuera en el Zócalo. Aquí viene la gente a protestar, a apoyar un México más libre.

Yo vengo a desnudarme el alma, el cuerpo es sólo un reflejo de lo que te pasa adentro, quiero quitarme todo lo accesorio y estar tendida en el centro, en el ombligo de México.

Esas son puras mamadas, yo vengo a encuerarme, me he encuerado en muchos lados, pero no en el Zócalo.

A mí me vale madre lo que piense la gente, mírame, gordo y panzón, tengo 58 años. Tenemos que encontrar maneras de decir que no queremos más represión, desnudarte es un acto de rebeldía, una forma de decir basta.

He seguido la obra de Tunick por el internet, soy fotógrafo y sólo me gustan mis fotos cuando sale gente.

El cuerpo habla por todo lo que no podemos decir, no sé como explicarte, es un tipo de silencio que habla al presentar tu cuerpo y los cuerpos de tanta gente con esa inocencia que puede tener la desnudez.

He estado en el Zócalo muchas veces pero no en pelotas, quiero ver que se siente.

Soy muy tímido. No sé, me dan pena muchas cosas, vengo porque es un reto para mí.

De chica no corría y no jugaba porque era malo que se te vieran los calzones, ahora, hasta me los quito. Para mí es un avance.

Cuando vi la imagen me acordé de Auschwitz y todo ese montón de cuerpos uno al lado del otro.

Vivimos en una ciudad que ha aprobado una serie de leyes que sin duda la colocan como un espacio que demanda modernización, democracia y apertura: la última la ley que despenaliza el aborto, la previa, la ley sobre "sociedades de convivencia," y la siguiente la eutanasia, el derecho final sobre nuestros cuerpos.

¿De qué maneras se lee una imagen que contiene miles de gentes desnudas en el Zócalo, nuestro centro, nuestro ombligo histórico, corazón de la protesta y de la cultura? ¿Qué significa poner al centro, el cuerpo como centro?

Nos sentaron alrededor de la plancha principal, en plena calle. La misa en catedral se suspendió. La bandera no se izó. Los revestidos símbolos de la religión y la patria se suspendieron ante tanta desnudez.

Dos eventos regresan a la religión y a la patria a la plancha del Zócalo: una armónica consigna que reza "Norberto Rivera, el pueblo se te encuera," y una solicitud de Tunick, a que hiciéramos todos el saludo a la bandera. La diferencia entre la religión y el estado/nación está clara. La consigna del saludo patrio se acata a medias, pero con gran seriedad (allí no hay bromas) y los gritos a Rivera continúan.

En ese espacio de suspenso esperamos haciendo conversación con los que teníamos alrededor. Muchos hombres. Dos tercios calculamos, más o menos 7 hombres por cada 3 mujeres. Supe de dónde venían, qué los movió a participar. No pude evitar adelantar el momento de la desnudez y arrepentirme de haber roto con el anonimato que te cobija en un caso como este (doblemente roto ahora que escribo esto). Dan la señal para desvestirse. Todos a mi alrededor se quitan las camisas y las ondean y revuelven en el aire.

Caminamos desnudos hacia la plancha. Resulta increíble lo instantáneo del ajuste del gentío a la desnudez. Todos nos miramos a los ojos. Un par de gays se abrazan y besan. Los demás los sorteamos y seguimos como si nada.

En la plancha, cada uno en un cuadrito, mucho frío. Empiezan las bromas. Tunick grita desahogado por un micrófono mal ajustado, no entendemos nada. "No te enojés güerito," le grita un encuerado. Algunos compartimos la idea de que Tunick, además de hacer arte, vino a ahorrar personal a México: hay mal sonido y poco personal de apoyo, en general en inglés. La ola empieza al frente y sube y baja multitud de veces. Tunick pide que guardemos silencio y estemos en paz. "Esto no es una celebración," dice. Los gritos de "México, México, México," surgen en los cuatro costados de la plancha. La gente comenta que pobre Tunick, no sabe con qué clase de pueblo se metió. Yo pienso que tenemos una ciudad deseosa de manifestar su hartazgo y su alegría, su deseo de ser considerados primer mundo, y no necesariamente en cuanto a su entrada económica, siempre por la puerta de atrás y al servicio de otros intereses, pero sí como un pueblo alegre y maduro. ¡Qué difícil es para nuestras autoridades conjugar modernidad con una capacidad tan grande de relajo y alegría!

El asta bandera, desnuda al centro, simula un gran tubo, y todos al unísono "Tubo, tubo, tubo" (era un tubo no un asta bandera). Tunick pide incansablemente silencio. Goyas, porras a México, gritos a Tunick, vestido de negro: "Que se encuere, que se encuere." Tunick ruega que nos estemos quietos.

Veo una mujer embarazada, otra a la que le falta un pie, un hombre parapléjico apoyado en otros dos. Enfrente de mí un ángel, dos alas enormes tatuadas en su espalda. Estos cuerpos rotos vienen custodiados por un ángel. ¿Cuántos cuerpos rotos en esta ciudad? ¿Cuántas leyes e implementaciones nos faltan para circular desnudos de todo aquello que guarda en sus casas a los incapacitados?

No puedo evitar pensar en el tremendo gozo de la gente, en su capacidad de fiesta, de caótica cooperación, de alegría desnuda, de desbordada disciplina. Me conmueve México al desnudo. Me dan ganas de llorar ante tanto entusiasmo. Pienso en la contingencia de eventos que nos han ahogado recientemente, en las últimas palabras de Ernestina en náhuatl, en los soldados asesinados en Michoacán, en los 67 años de condena, en la plaza de Oaxaca, en los pensionados, en los trabajadores, en los maestros, pienso en la enorme capacidad que tiene el arte de movilizar, de apasionar, de

poner a flor de piel la intensidad de la vida. A este país lo salva el arte, el arte y el infinito poder de la gente de emocionarse, de participar, de reunirse para desnudarse en cuerpo y alma.

El arte de Tunick no tiene signo político, pero esta masa de cuerpos en el Zócalo sí, lo tiene para los maestros, los encarcelados políticos, las comunidades que conviven con la impunidad militar, los que hacen de la tortilla su alimento diario. Todos quieren libertad, muchos hablan de la represión, de la impunidad, del valor de la verdad y de la pasión por un México mejor. Todos aprecian el valor del arte, muchos gozan las transgresiones, otros la ingenuidad y la inocencia, otros el relajo. No hay erotismo en tanta masa, hay alegría, hay curiosidad, hay fraternidad. Hay un enorme deseo de libertad.

Tendida en el Zócalo levanto la cabeza y veo la plancha cubierta de cuerpos entre los gritos cada vez más dislocados de los asistentes de Tunick, que rogaban que estuviéramos quietos. Me conmueve este pueblo, su apasionada rebeldía y su emoción sin límite, su capacidad de fiesta, la sumisión al relajo, al chiste, a las porras, a poner al desnudo la enorme alegría de vivir, el ansia por la libertad, por un México moderno y abierto y también, porqué no, por las ganas de ir a encuerarse al Zócalo... para ver lo que siente ●